

## Trolol, micos y mariposones: una mirada superficial sobre una cultura subterránea

Por Dante Bertini

*(Este texto abrió un encuentro de literatos argentinos residentes en España que bajo el nombre "Los pelos en la lengua" se realizó durante los días 13, 14 y 15 de febrero de 1995 en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, auspiciado por éste en colaboración con el Consulado Argentino de esa ciudad.)*

*Lo que no se dice, El amor que se niega a decir su nombre, Ese otro amor...* La literatura y el cine están llenos de ejemplos de esa pesada, oscura, densa pelambre, que impidió que se hablara con claridad de la homosexualidad, llamándola simplemente por su nombre.

No podemos extrañarnos. No ha sido fácil, y aún no lo es, hablar con claridad del sexo. Si según dicen algunos la homosexualidad es una desviación de ese "Sexo" único, con mayúsculas, que pareciera ser exclusivamente heterosexual, el conflicto se agiganta.

Hoy se nos pide que hablemos de "Los pelos en la lengua", y yo prefiero suponer que los haremos "sin pelos en la lengua". Para ello, y parafraseando a nuestro cercano Jean Genet, voy a usar esas travesías de uno mismo a las que solemos llamar viajes.

Cuando llegué a España, el día de los Santos Inocentes del año 1975, traía conmigo un poco de ropa, algo de dinero y casi cuarenta kilos de libros. En aquel momento la literatura solamente me pesaba. Yo era dibujante del diario "La Opinión" y todavía no había descubierto que escribir podía ser un placer más intenso y sensual que el que me brindaba fumar. Aunque esa es otra historia, necesité más de quince años para abandonar el supuestamente placentero vicio del tabaco y, casi al mismo tiempo, dedicarme al también enviciante placer de la literatura. Tardé algo menos en darme cuenta que junto a esas pocas cosas tangibles que viajaron conmigo, arrastraba una forma de sentir heredada de un medio distinto, de una manera distinta de vivir la homosexualidad.

No sé si en esa época todavía no existía el término "gay", o simplemente si las influencias de San Francisco o el Village neoyorkino aún no habían prendido en "el ambiente" de Buenos Aires con suficiente fuerza, pero hasta fines de los sesenta, para los homosexuales bonaerenses la gente se dividía en "better" y "paqui". Si eras homosexual pertenecías a lo mejor (*better*) de la sociedad, una pretensión contradicha a cada minuto por las razzias policiales, el desprecio con que se trataba a los "invertidos" en muchos ambientes supuestamente progresistas o los chistes homofóbicos que parecían destinados a popularizar ideas difundidas desde la iglesia y el gobierno y que contaban con la ayuda muchas veces "desinteresada" de los medios de difusión, ganados por el otro bando, el de los heterosexuales supuestamente convencidos: un belicoso ejército de "paquis" (paquidermos), pesados y torpes representantes de una especie indigna de ser tenida en cuenta.

Con la irrupción del *swinging London*, la cultura psicodélica y la revolución sexual de finales de los sesenta, esos términos diferenciadores dejaron de usarse y la pregunta pasó a ser simplemente: "¿Estás en la joda?". La joda era en definitiva lo alegre, lo divertido, lo "gay", aunque esta expresión se filtró posteriormente a los medios heterosexuales, presumiblemente a través de aquellos que "no hacían diferencias entre carne y pescado", una frase que definía con acidez a todos aquellos que se autodenominaban bisexuales.

Una raza aparte eran los "chongos" que, según me dicen, no han sido rebautizados durante el transcurso de los años. Carne apetecible, objetos de placer, los "chongos" aseguraban no "entender", pero lo "practicaban" todo. Cuando se los obligaba a hablar del tema, algo a lo que eran particularmente reacios –quizá porque el pecado sólo adquiere forma cuando se lo denomina–, muchos confesaban haber incursionado en la homosexualidad por simple curiosidad o por un mucho menos creíble despiste.

Otros, los más sofisticados, porque aquella era una forma rápida de acceder a ambientes que normalmente les estaban vedados. No faltaban los solidarios y caritativos que aseguraban hacerlo porque aquel que los arrastraba a torcer sus inclinaciones naturales era, según sus palabras, “un buen pibe” o “un tipo simpático” al que no les importaba hacerle “un favor”. Con estas explicaciones escamoteaban las que solían ser sus dos razones fundamentales: la calentura y la guita, o lo que es lo mismo, el dinero y las ganas. Después de algunas experiencias que quiero suponer satisfactorias, muchos decidían potenciar las razones económicas, convirtiéndose, al menos por algún tiempo, en "taxi boys" profesionales, con paradas en la por aquellos tiempos "concheta" (snob, “pija”) avenida Santa Fe o en la más popular, y por ende más "grasa" (vulgar) "calle de los cines", la ahora "binguera" Lavalle.

La aparente facilidad de los encuentros sexuales chocaba con algunos obstáculos de tipo social y lingüístico. Las primeras tenían que ver con la desconfianza, la vergüenza, el pudor, la inseguridad o el miedo. Las segundas, profunda, y obviamente, ligadas a las anteriores, añadían algunos elementos que respondían a las modas del momento y además denotaban una supuesta pertenencia a determinado sector o clase social. Como siempre, la lengua servía para muchos más usos de los que se le adjudicaban.

¿Dónde se "levantaba" en Buenos Aires? Aparte de los bares de "ambiente", que permitían conocer a alguien de una forma más relajadamente burguesa, se podía recurrir al "yiro" callejero o a las algo riesgosas y marginales "teteras", más propias de Ginsberg, Genet, Burroughs o de alguno de sus desesperados personajes. Nunca nadie supo decirme por qué se había rebautizado con ese nombre a los aseos de algunos cines, cafeterías y oficinas públicas, aunque hay que reconocer cierto recato "victoriano", o cierta ingenuidad "cosy", al que haya tenido la idea. Algunos de esos mingitorios – auténticos templos del "fast sex" – recibían también el calificativo de "catedrales", posiblemente por las cantidad de “feligreses” que congregaban en las horas punta.

De los bares "de ambiente" poca cosa se puede decir. Salvo en el "look" de los clientes, que pretendían diferenciarse del entorno sin que se notara demasiado, no diferían demasiado de los actuales y por lo tanto no deparaban demasiadas sorpresas.

El “levante” callejero unía la emoción al riesgo. Después del primer intercambio de miradas y las casi siempre larguísimas caminatas con las que se pretendía aplacar las inevitables "paranoias" mientras se desentrañaba el grado de interés del otro, el acercamiento “casual” en un escaparate cualquiera, en los carteles publicitarios de algún cine o en la barra de una cafetería servían para que el más aventurado se atreviera a lanzar cualquier tontería del estilo “Hola, ¿qué hacés por acá?” Si la contestación resultaba simpática la segunda pregunta iba directamente al grano:

—¿Vos "entendés"?

En un país donde se supone que todo el mundo habla el mismo idioma, esta pregunta debería carecer de sentido, pero en el momento en que se empezaban a traspasar otras fronteras se hacía necesario mostrar los documentos que acreditaran que realmente estábamos capacitados para hacerlo. Si el otro respondía afirmativamente, la pregunta siguiente era: “¿Y practicás, supongo?” Sé que ahora todo esto suena a prehistoria. En la calle se liga poco y si ocasionalmente esto sucede es porque ya no existe posibilidad de dudas. A ninguno de los clientes habituales de los barceloneses Apolo, Metro o Satanasa se le ocurriría siquiera hacer esas preguntas. Hoy las ropas, el “look”, las actitudes dicen mucho más de lo que se puede decir con palabras.

Con algún encanto físico y el adecuado conocimiento de la estrategia, en los ya lejanos setenta no era difícil "levantar" en Buenos Aires. Podía ser, eso sí, bastante peligroso. La aparente facilidad de los encuentros chocaba con las constantes represiones policiales; la ligereza con que muchos porteños mantenían relaciones sexuales (hay que recordar que todavía el SIDA no había hecho su estruendosa, demoledora aparición) se enfrentaba a temores profundamente enquistados y con basamentos muy reales: la policía tenía un servicio permanente de arresto de homosexuales, que incluía, por supuesto, a todos los sospechosos de serlo. Aunque se supone que las leyes argentinas son bastante "liberales" al respecto, los comisarios, respondiendo a fantasmas propios o a los no siempre claros mandatos ajenos, cubrían con “comilones” su cuota diaria de detenciones callejeras,

escudándose tras la "averiguación de antecedentes" o el algo más duro y legalizado "escándalo público". Esta última excusa, tipificada como delito menor, se basa(ba) en la idea de que el homosexual, al igual que una prostituta, ejerce su "profesión", obviamente no autorizada, en lugares abiertos, valiéndose para ello de "armas de seducción" que podrían ofender a los cautos (y castos) viandantes.

Quizás por eso, a pesar de la existencia de una cantidad de giros medianamente eufémicos, como tragasables, comi y pini, pulastrón, maríaluia, trolo, mariposón o mico, más presentes en la literatura que en la calle, *PUTO* sea la manera más popular de llamar en la Argentina a los homosexuales masculinos. De más está decir que si el escandaloso de marras tenía la osadía de lucir algún tono de voz, peinado, prenda, adminículo o gesto que no estuviera permitido por la Liga de Padres de Familia, consagrado por una hipotética Real Academia de la Heterosexualidad y bendecido por la Conferencia Episcopal Argentina, el transitar por la ciudad se le hacía particularmente difícil.

Bastan algunos hechos recientes para pensar que, en veinte años, el trato a los homosexuales no ha cambiado demasiado. En mi último viaje a la Argentina (julio de 1993) fui invitado a una manifestación que festejaba, como cada año en todo el mundo, el día del "orgullo gay". Los participantes, poquíssimos para una ciudad con una población homosexual tan numerosa como la de Buenos Aires, llevaban máscaras que les cubrían la cara. Contradecían con ese gesto mudo un orgullo que seguramente les pesaba o que al menos les parecía peligroso. Hay razones suficientes para que no se los pueda criticar por ello.

A fines del año pasado, Monseñor Quarracino, cardenal primado de Argentina y una voz de muchísimo peso en la sociedad de ese país, dijo que la solución definitiva para "el problema homosexual" era recluir a todos los invertidos en alguna estancia provinciana. Cuando poco después un periodista del semanario *Noticias* le preguntó si nunca iba a cambiar su opinión al respecto, la inesperada, perversa, escalofriante respuesta fue: "pensaré de esta manera hasta el día en que me presenten a un niño parido por un hombre."

Poco tiempo antes, un periodista había preguntado al Presidente de la Nación si no le parecía excesivo recibir tres veces en una semana a la top model Claudia Shiffer. "¿Y qué, preferirían ustedes, que fuera maricón?", contestó el Presidente.

No me apesadumbra estar lejos de esa realidad. Al irme de Argentina dejé atrás una de las épocas más negras en la historia del país, la que luego se resumió en dos palabras que definían para todo buen entendedor una realidad kafkianamente estructurada: "El Proceso".

En España me encontré con el final del franquismo y el comienzo de otro proceso de signo muy distinto, "la transición democrática", que incluía, casi como portada publicitaria, la liberalización de las costumbres y el tan promocionado y "fotogénico" destape. Mi entorno había cambiado.

Ese cambio se hizo más definitivo cuando llegué a Barcelona, donde el respeto por la intimidad del otro se nota a simple vista, y seguiría agudizándose cuando pocos meses después elegí como lugar de residencia la isla de Ibiza.

Allí las palabras carecían de sentido. Lugar cosmopolita como pocos, auténtica isla de Babel, ante el riesgo de no ser entendido por el otro se optaba por la comunicación directa. Era el imperio del lenguaje físico.

Desterrado el concepto de pecado, volvíamos al paraíso terrenal, a los cuerpos desnudos; al fruto del placer cercano. Centro mundial de vacaciones, refugio provisorio de viajeros, hogar momentáneo de transeúntes y vagabundos, la consigna era: "aquí te pillo, aquí te mato". Primero se metía mano y luego, "*ja parlarem, si cal*".(ya hablaremos, si cabe).

Por primera vez pude presenciar, no sin asombro, como la homosexualidad dejaba atrás los mundos subterráneos para mostrarse, y nunca mejor dicho, a la luz del sol.

Desgraciadamente, después de un corto período de recreo, volverían las sombras. Junto con el SIDA, reaparecieron la intolerancia, el miedo, la desconfianza, el horror liso y llano.

Pese a todo ello y a los interesados en resucitar plagas redentoras y castigos divinos, la homosexualidad se negó a volver a las catacumbas, a retroceder a épocas anteriores. Cuando en un principio se habló de la caprichosa selectividad del virus, muchos pensaron: "a partir de este momento estamos jugados". Se hacía imposible ocultar el presunto "estigma". Ahora aparecía en forma de enfermedad, amenazando acabar con toda la libertad lograda y también con la "alegría" conseguida gracias al uso de esa libertad.

Frente al silencio de "los otros", teníamos que volver a usar la palabra. Se hacía necesario "salir del armario", "DESCUBRIRSE", para mostrar que si esa enfermedad atacaba a unos pocos "elegidos", esos pocos eran en realidad una multitud que debía ser tenida en cuenta.

Hoy, gracias a esa toma de conciencia, las cosas han cambiado. Todo el mundo sabe que el SIDA tampoco puede ser una excusa para la discriminación y la intolerancia. Sin embargo, mientras personajes como Elías Yanes, presidente de la Conferencia Episcopal Española, declare como lo hizo hace menos de una semana que: "la homosexualidad es una conducta que va en contra de la dignidad humana"; o que el mismo Papa insista en condenar al sufrimiento y la muerte a una impredecible cantidad de seres humanos por el simple hecho de negarles la posibilidad de usar preservativos, tendremos que afeitarnos la lengua cada mañana, aunque sea incómodo, doloroso y nos deje un insoportable sabor de boca.

**Dante Bertini, Barcelona, febrero de 1995.**